penetró por distinto conducto del que debía y Cocardasse padeció un ataque de tos que le obligaba á hacer contorsiones en su asiento durante uno á dos minutos, en medio de eructos y estornudos peligrosos para sus vecinos.

Por fin volvió á su estado normal.

— ¡Rayos y centellas! — exclamó furioso. — Ha sido una mosca... había una mosca... la desvergonzada lo ha hecho adrede. Dispénseme, señora Maturina... Nunca pude sufrir esos bichos.

— ¿Pero, me responderás de una vez? — dijo Passepoil.

Y preguntóle de nuevo cómo, según él, iba á saber pronto Felipe por qué habían intentado varias veces asesinarlo.

Entonces Cocardasse, haciéndose cargo de la situación, guiñó el ojo á Amable, como queriendo decir :

— ¡Chito! ¡ese es mi secreto!... ya te lo diré...

Y, en voz alta, exclamó :

— ¿Ya no eres tan fino y avisado como antes, querido? Son presentimientos, nada más.

Passepoil comprendió la seña y la exclamación destinadas á ponerle sobre aviso ; así es que, aunque muy sorprendido, tuvo la sagacidad de no insistir.

II

QUEMA LO QUE ADORASTE, Y ADORA LO QUE QUEMASTE

Habían llegado al fin de la comida.

Para terminarla dignamente, Cocardasse creyó oportuno brindar por Maturina ; y ya estaba alzando la copa con ese objeto, cuando ésta, sin sospechar la puñalada que le daba, se levantó de repente y dijo á Felipe :

— Lo mejor que podemos hacer es dejar hablar tranquilamente á Amable y á Cocardasse é irnos por nuestra parte á charlar juntos : tengo que hablarte de Bonifacio. Vaya, vámonos...

Y, al soldado :

— Hasta la vista, caballero... Tengo mucho gusto en haberle conocido... Hasta otro día...

— ¡No tenga cuidado, señora Maturina! Me verá usted cuantas veces se le antoje... y más aún... ¡Caramba!... Se lo aseguro... desde ahora, le dedicaré todo mi tiempo. ¡Petronila va á tener celos!

— Como guste, señor Cocardasse — replicó la esposa de Passepoil, que se fué en seguida con Felipe.

— ¿Pero qué retahila estás ensartando á mi mujer?... — preguntó el viejo maestro á su compañero, en cuanto se hallaron solos. — ¿Acaso se extravía tu cerebro?

— ¡La verdad, así lo creo!... ¡Qué suerte tienes, querido, qué suerte! — exclamó el gascón con entusiasmo.

— ¡Vaya! ¿Me despierto ahora? ¿Serás capaz de enamorarte de Maturina?...

— ¡Es una perla!... ¡un diamante!... — observó Cocardasse, sin responder, subrayando las sílabas de esta última palabra, para manifestar más su admiración.

— ¡Cómo! ¿Después de ser, toda tu vida, enemigo jurado del bello sexo, piensas ahora en él, á tus años?

— ¡Qué mujer!... ¡Santo Dios!... ¡qué mujer!... — continuó el viejo soldado, absorto en su idea.

Ahora, Passepoil rompió á reírse en las narices de su compadre, á quien esta hilaridad hizo descender de repente de las alturas por donde volaba.

— ¡Qué! ¡qué te causa tanta alegría?

— ¡Tus majaderías, hombre!

— ¿Qué majaderías?... ¿Lo dices porque Maturina me parece una mujer mirífica?

— Sí... y sobre todo, por el modo con que lo dices.

— Me parece que lo digo muy naturalmente... y sin querer ofenderte, querido maestro, — apresuróse á contestar el soldado.

— ¡Oh! en cuanto á eso... no hay cuidado... no soy celoso.

— ¡Santo Dios!... Yo lo sería... si estuviera en tu lugar.

Mira, querido, cuando se tiene una mitad como la tuya, hay motivo para estar celoso... Porque, seguramente, estarás en la gloria con ella...

— ¿En la gloria?... ¡Ah! mi pobre amigo... si tú supieras...

— ¡Cómo! ¿No nadas en la felicidad?

— ¡Oh! ¡no! ¡ni mucho menos! — dijo Passepoil sacudiendo ligeramente la cabeza, y con el rostro entristecido de pronto.

Luego, llenándose una copa, que bebió de un trago, con gran estupefacción del gascón, añadió:

— Tenías razón, muchacho, lo único verdadero que hay es el vino... ¡Es mi único consuelo!... En cuanto á las mujeres... ¡no valen nada!...

Cocardasse le miró con risible asombro.

— ¡Cómo!... ¿Maturina?...

— Es igual que las otras, si no peor...

— ¡No puede ser!

— ¡Ay! sí.

— Es que tú no sabes enamorarla — repuso Cocardasse, compadeciéndose menos de la saciedad que adivinaba en las palabras de su huésped, que de la triste vida que debía de tener la mujer con semejante marido.

Y, entre dientes, añadió:

— ¡Ah! ¡si fuera yo

— ¿Sabes lo que te digo? — observó Passepoil, que no había oído. — ¡Pues bien! ¡Que soy muy desgraciado con ella!

— ¿Con una hurí de ese físico?... ¡Demonio! ¿Pues qué es lo que quieres?...

— Desgraciado como una piedra de la carretera.

— ¿Y por qué?

— Por muchas cosas.

— Explícate.

— En primer lugar, ella es quien lleva los pantalones, no yo.

— ¡Ca!

— No lo parece; pero así es.

Ella es el ama en todo, y yo no soy nada... nada más que su marido... y eso hasta cierto punto... Ella es quien manda, ordena, tiene los cordones de la bolsa, hace obedecer á todos... y á mí el primero...

— ¡Pero, si el obedecer á una mujer semejante es una felicidad!...

— ¡Sí! pero... ¿y mi dignidad?

— ¡Cuál!

— ¡Canastos! la de mi condición de esposo.

— ¡Bah! ¡por ese lado no debes inquietarte! .. Si te ofendiese en la dignidad de terceros ó de cuartos .. comprendo; pero... de lo contrario...

— No es sólo eso; sino que tiene además buenos puños; si se me ocurre querer resistir, ella pega... y de firme.

— Una dicha más .. el ser pegado por su mano.

— Si no fuera más que por su mano... pero á veces

es con lo que tiene en ella, por ejemplo con el palo de la escoba.

— Amable — dijo severamente Cocardasse — no conoces tu felicidad. ¿Que Maturina se sirve de un palo para acariciarte? ¡Mejor que mejor! ¡Qué diablos! así durará más la marca.

— ¡Ya quisiera yo verte en mi caso!

— No digas eso; se me hace la boca agua.

— ¡Vaya! ¡vaya! ¡déjame en paz! — exclamó Passepoil, exasperado al verse tan poco compadecido en sus infortunios conyugales. — Eres demasiado tonto, la verdad... y puesto que estás loco por Maturina, atácala, no me importa... nada temo; ya sabrá ella recibirte con buenas formas... tal vez cambies así de idea.

— ¡Ah! ¡bribonzuelo! Si no fueras un buen amigo, ya podrías andarte con ojo... ¡No tardarías en pertenecer á la gran corporación de ganado cornúpeto! — dijo con aire vencedor, Cocardasse.

— Bueno, bueno; no lo dejes por eso; te repito que no tengo miedo alguno... Pero te prevengo que Maturina muerde y pincha...

— ¡Como las abejas y las rosas! — dijo el poético soldadote. — ¡Viva Dios! ¡Algo hay que padecer, para probar la miel de las unas y saborear el perfume de las otras!

— Conforme, pruébalo, pues... — replicó Passepoil, fastidiado con tan estúpida terquedad.

— Hubo una pausa, durante la cual mirábanse de soslayo ambos profesores.

— ¡Pobre amigo! — pensó el normando — ¡Cómo

ha envejecido!... No me choca que le cueste ya trabajo beber, y que busque tardíamente distracciones en las faldas.

— ¡Paréceme — se decía por su parte el gascón — que el pobre Amable ha naufragado! ¡Qué demacrado está! ¡Qué ruina! No me extraña que ahora le guste beber... ¡el pobre no puede amar ya!

— Ahora — dijo de pronto Passepoil rompiendo el silencio, — para hablar seriamente, charlemos de lo que me ha contado Felipe.

¿Qué quieren decir esas emboscadas, esos lazos de que, según parece, sólo ha escapado por milagro?

— Eso, querido Passepoil — repuso el gascón poniéndose grave en seguida — es un asunto muy raro, que voy á contarte... Atiende bien, pues vas á saber cosas que te sorprenderán muchísimo.

— ¿Acerca de Felipe?

— Sí, de Felipe, que es... ¡ah! ¿no lo sospechas siquiera? Vamos, ¿quién crees tú que es el chiquitín?

— ¿Cómo quieres que lo adivine?... si él mismo no lo sabe.

— ¡Pues bien! vas á saberlo. ¿Habrás oído hablar, supongo, de la muerte de nuestro pequeño parisiense, Enrique de Lagardère?

— Sí. No estaba yo en París en aquella época; entonces vivía en mi país, en Normandía; pero, de todos modos, llegó á mis oídos la noticia, que por cierto me produjo honda pena, durante mucho tiempo...

Fué asesinado ¿verdad?

— Sí; le habían tendido una emboscada... Fueron quince contra él.

— ¡Qué cobardes! ¡Si hubiera estado yo allí!

Los ojos de Passepoil echaban chispas.

— Si hubiésemos estado allí, querrás decir, — interrumpió Cocardasse con tono de reproche — ¡Ah! ¡cuánto hubiera danzado la loca de Petronila!

¡Pero no estábamos!

— Y Lagardère fué aplastado por el número.

Hubo un momento de silencio, durante el cual, no se oyó más que la lenta respiración de los dos viejos esgrimidores, sumamente emocionados por aquel recuerdo.

— Pero, ¿con qué objeto quisieron hacerle desaparecer? — preguntó al fin Passepoil, recobrando el primero la palabra.

— Nunca se ha sabido... como tampoco se pudo descubrir á los asesinos... ¡Qué extraño! ¿eh?

— En efecto, porque supongo que harían todas las inquisiciones posibles.

— ¡Ya lo creo! Pero, nada, nada: la policía trabajó en balde.

— ¿Y cómo soportó la desgracia la señora Aurora?

— La pobre quedó trastornada.

Y sin embargo, eso no era sino el principio de sus desgracias.

Lagardère dejaba un hijo, un angelito de cuatro años, que era gran consuelo para ella.

Y he aquí que, poco tiempo después, el niño cae

enfermo, sin saber cómo ni por qué, y muere á los ocho días.

Y Aurora entonces, perdió la razón.

La trasladaron á Lorena, junto á su madre, ya sabes, la hija de Caylus, la que era, sin serlo, mujer de Gonzaga — para que le sentase bien el cambio de aires, y se quedó allí quince años.

— ¡ Quince años !

— Sí, nada más, y siempre loca. Pero, por fin, pasó esto y le volvió el juicio. Y entonces se le ocurre esta idea :

« Mi hijo no ha muerto de muerte natural... Seguramente ha habido ahí alguna maquinación, y yo quiero aclararlo todo. »

¡ Una verdadera inspiración !

Con esa intención vuelve á París, me manda al cementerio de San Medardo en busca del ataúd del niño, que por cierto era muy pesado.

— ¿ Pesado el niño ? ¡ Vamos hombre !

— Las cajas quiero decir.

— ¿ Las cajas?

— Los ataúdes, hombre ; había varios, y todos soberbios.

Entonces, ante testigos, manda la condesa que se abra el cadáver.

— ¿ Los ataúdes, querrás decir ?

— No, hombre, no ; el cadáver, te digo... Pues las cajas, ya estaban abiertas.

— ¿ Pero, con qué objeto ?

— Para ver si dentro había algo sospechoso.

— ¡ Al cabo de quince años !

— Debo decirte que el niño había sido embalsamado y que la madre esperaba, en caso de que aquél hubiera muerto envenenado, como ella suponía, que el interior del cuerpo conservase todavía alguna huella del veneno.

¡ Ah ! muchacho ; si hubieses estado allí, hubieras visto, como yo vi, una cosa muy rara.

Figúrate que el cadáver no era tal.

— ¿ Cómo ?

— No ; no era sino una especie de muñeco, una imitación de cera y cemento.

El condesito había muerto sin estar muerto, y lo habían enterrado sin enterrarlo.

— Veamos ; explícate, pues no entiendo una palabra, — dijo Passepoil, cuyas sienes se humedecían por el esfuerzo realizado para seguir tan fantástico relato.

Cocardassè le dirigió una mirada de compasión.

— Creo, Amable — le dijo, — que ya no está muy sólida tu cabeza.

Y sin embargo, cuanto te digo es bien sencillo.

Fingieron matarle, y lo escamotearon fácilmente.

— ¡ Qué diablos me cuentas !

¡ Lo que ocurrió !

— ¿ Pero quién hizo eso... y por qué ?

— ¡ Ah ! esto es lo más raro de la historia.

Vas á ver.

Y Cocardasse narró detalladamente á Passepoil el modo con que fué practicada la sustitución, metiendo en escena á Bathilde de Wendel y á Helouin que eran los principales autores de ella. Dióle también á conocer

el objeto persiguido por aquélla y la confesión por éste expuesta.

Finalmente — dijo, — puesto que se sabía que ya que el chiquitín no había muerto, estaría vivo ó, á lo menos, debería de estarlo, Helouin y yo prometimos dedicarnos inmediatamente á su busca y no descansar hasta encontrarlo.

Eso es lo que hemos hecho. Helouin se quedó en París, y yo he rodado por todas partes, vagando á derecha, á izquierda, por acá, por allá.

Pero corría el tiempo sin conseguir lo que deseábamos hasta que un día me dije : ¡ Caramba ! Cocardasse, eres un estúpido en buscar al joven entre paisanos. Cuando se tiene algo de Lagardère en la sangre, se ama la guerra, las batallas ; luego debe de estar en el ejército.

Fuíme, pues, á dar una vuelta por el campamento de Ostende... y, efectivamente, allí estaba.

Y ya te habrá contado cómo nos conocimos.

— ¡ Cómo ! ¿ Felipe es hijo de Lagardère ?... ¿ Hijo legítimo ?

— Tú lo has dicho, querido. Vamos, ya te vuelve la cabeza.

— ¿ Tienes pruebas ?

— Claro, y no sólo una, sino que llueven muchas.

— Dímelas.

— Ante todo, recuerda la fecha de su naufragio en la playa de Saint-Valery de Caux ; con diferencia de pocos meses, si no me engaño, corresponde á la de su desaparición.

— Es verdad, sí.

— Luego, el nombre de Felipe, que es el mismo que tenía el hijo del conde ; después, su edad, veintiún años, que es la edad que debe tener hoy el hijo de Aurora.

— También es verdad ; todo eso induce á creer que sea él.

— Pero aun hay más, ¿ no has notado nada extraordinario en toda su persona.

— ¡ Ah ! ya sé lo que quieres decir... Te refieres á ese raro parecido con...

— Nuestro Pequeño Parisiense... ¡ Pues claro ! ¿ Es muy Lagardère, no es cierto ?

— Completamente... Me chocó en cuanto le vi. Y, ¿ sabes lo que pensé instantáneamente ? — sin saber si Lagardère tenía hijos — pues pensé : Ved ahí seguramente un recuerdo que el conde Enrique ha dejado á alguna guapa moza, para despedirse de la vida de soltero.

Y mi creencia se afirmó aun más y trocóse en convicción, cuando le vi manejar la espada como por instinto.

Era de noche, y reinaba profunda oscuridad. Regresábamos á París por la barrera de Popincourt, cuando nos cortaron repentinamente el paso seis colegas envidiosos que querían matarnos.

Estaban allí, tu paisano Grandcœur, Joël Kermaria, Juan Poîvre, Mario Bagatelle, Sulpicio de Apreville y O'Donnel.

Todos buenos espadachines, como sabrás.

¡Ah! ¡si hubieses visto al pequeñín! ¡qué pólvora! De cinco estocadas, y en menos tiempo del que se necesita para contarlo, mató á cinco de los maestros de armas.

Ya estaba limpiado su acero, cuando yo continuaba aún esgrimiendo contra Mario Bagatelle.

— ¡Canastos! — exclamó el gascón; — Felipe me ha contado algo parecido; pero, en su relato, tú aparecías mucho más fuerte. ¡Qué modesto es!

Passepoil prosiguió:

— Ya no cabe duda — pensé tras aquel acto, — este muchacho es verdaderamente hijo de su padre.

Ahora que, como puedes comprender, tuve á bien no decírselo.

Tanto más, cuanto que, por lo que yo sabía de su historia, creí que habría sido arrojado á las costas de Normandía porque su madre, que probablemente viviría en Inglaterra, quiso enviárselo por cualquier causa al autor de sus días.

Y, como era ese un asunto delicado en el cual no debía yo meterme, dejé las cosas conforme estaban, cuidándome de él lo más posible, en cuanto me permitían mis medios.

— Evidentemente, no lo podías saber. Pero, ahora que te he contado lo que ocurrió, ¿no tienes, como yo, la convicción de que es un retoño directo de Lagardère y no un hijo natural, como tú creías?

— ¡Ya lo creo que la tengo! pues acabas de abrirme los ojos... ¡Cuánto me alegro por el pobre Felipe!... ¿Lo sabe él?

— No; el señor Helouin, que sólo en el dedo meñique tiene más malicia que nosotros dos juntos, posee fuertes razones para ocultárselo hasta nueva orden.

No vayas tú á hablarle de esto.

— ¡Desde el momento, que me lo encargas, puedes estar tranquilo; seré mudo!

¿Y la señora Aurora?

— Tampoco ella sabe nada. Hay también muchos motivos para que le dejemos aún algún tiempo en la ignorancia. Ganas me dan de decírselo todo, pues la pobre padece mucho; pero su amor estropearía nuestros proyectos.

— ¿Vuestros proyectos?

— Escucha... Hablemos poco, pero claro;... á ti puedo decírtelo todo.

Helouin y yo estamos casi seguros de saber quién es el que ha mandado á Matías Knauss en persecución de Felipe.

— ¡Bah!

— De veras. ¡Y que se seque mi lengua, si puedes adivinar quién es!

— Me sería muy difícil.

— ¡Ya me lo figuro! Por esa razón, prefiero decírtelo todo en seguida. ¡Pues bien! según nuestra opinión, es Peyrolles... ese miserable Peyrolles...

— ¡Zapateta! ¿Estás loco, amigo Cocardasse? ¿No recuerdas ya, que vimos caer al traidor en el cementerio de Saint Magloire, junto á la capilla?

— Sí, me acuerdo; pero los individuos de su calaña tienen vida muy dura... y no te quepa duda de que sanó.

— ¡No puede ser! Tenía la garganta atravesada.

Además, antes de marcharnos, yo le empujé con el pie, y ya no se movía.

— ¡Bah! eso era una treta para hacer creer que estaba muerto.

— ¿Y qué te lo hace suponer?

— Lo que nos dijo Felipe acerca del anciano á quien encontró la víspera de marchar á Bohemia.

El retrato que de él me hizo era exactamente el del criado de Gonzaga; y el enorme diamante que vió en su dedo Felipe, diamante que le regaló su amo para recompensarle de antemano por el rapto de la señorita de Nevers, en la calle del Chantre, ha acabado de cerciorarme.

— Me quedo estupefacto por cuanto me dices. ¿De manera, que él es quien persigue á Felipe?

— ¿Quién quieres que sea? Además, el chiquillo, cuando la aventura del pozo, al hallarse en el fondo, reconoció por encima de él la voz del viejo.

— En efecto, así me ha dicho.

— Estamos, pues, casi seguros de no equivocarnos.

Pero, para estar seguros del todo, queremos cogerlos en flagrante delito, lo cual no conseguiríamos si Felipe se fuera ahora con su madre, ya que entonces se hallaría al abrigo de esos ataques y que Aurora no querría, bajo ningún pretexto, exponerlo de nuevo.

Mientras que, procediendo como si nada hubiese, Peyrolles intentará otra vez jugarle alguna mala pasada... y se dejará cazar con las manos en la masa.

Porque, puedes figurarte, que, sin aparentarlo, siempre estaremos sobre la pista.

— Muy bien, ya me hago ahora cargo. Pero dime ¿me voy á quedar yo cruzado de brazos mirándoos?

Me parece que, lo mismo que tú y que el señor Helouin, tengo derecho á proteger á Felipe.

— No tengas cuidado, querido maestro; estarás con nosotros.

Ya pensaba suplicártelo, porque, probablemente, necesitaremos tu ayuda de un momento á otro.

— Enhorabuena, amigo mío. ¡Estoy preparado ahora mismo, si es preciso!

— Paciencia, querido. No sabemos lo que va á suceder. Helouin es el que manda.

Pero, en cuanto haya novedad, vendré á buscarte y decirte :

« ¡En marcha, muchacho! Es por el vástago de Lagardère, de aquel que, contigo y con el vino, era mi único amor. »